

EL CAPITAN CONQUISTADOR ANTON DE OLALLA

Discurso pronunciado el 3 de agosto de 1938.

Por RAIMUNDO RIVAS

¡Maravilloso poder el de la gloria! Hace cerca de cuatrocientos años que la envoltura mortal de Antón de Olalla yace reducida a cenizas bajo el Sagrario de la Catedral Metropolitana, y hoy surge de nuevo su figura, envuelta en brillo indeleble, desprendida de la gesta de la Conquista, para unir con misterioso lazo de simpatía a innúmeras generaciones que llevan su sangre, y servir de eslabón luminoso en la cadena que une el ayer con el presente. Quienes antes se consideraban extraños, sienten ahora el contacto de un hilo a la vez intangible y poderoso que los estrecha, y la época que se pierde en las lejanías brumosas del pasado aparece inmediata, vestida con los colores mágicos que le prestan la admiración imperativa y el cariño familiar.

La razón es, señoras y señores, que ese español, a un mismo tiempo guerrero y cristiano fervoroso, arrojado y a veces hasta cruel en los combates, marido y padre celosísimo que guardaba con huraña preocupación a los seres queridos de su hogar, y que así como reparía tajos de su tizona desgranaba la cuentas del rosario por entre los dedos gotosos o animaba los ensombrecidos ojos al posarlos sobre las vacadas de su encomienda, resulta ser un representativo ejemplar de su raza y de su siglo, un contemporáneo digno del duque de Alba y de fray Lope de Vega Carpio, un súbdito innegable del emperador galante, combativo y místico en su augusta ancianidad. De aquellos que juzgaban era preciso aprender a dominar la tierra para abrirse seguramente las puertas de los cielos.

*
* *
*

Hijo de la riente Andalucía, en ese reino de Córdoba que deslumbró con el pasmo de sus mezquitas y la ciencia de sus doctores, fue Antón de Olalla, según certifica el Cabildo de su villa natal, Bujalance, hijodalgo notorio, si bien sus émulos en Santafé de Bogotá pregonaban su origen plebeyo. Mas es lo cierto que ya corriese sangre azul por sus venas, ora que sus manos hubieran encallecido al manejar en las campiñas los instrumentos agrícolas, con sus propios esfuerzos ganó, para el atardecer de su existencia, elevadísima posición, y sobre los pechos de sus inmediatos descendientes se des-

tacaron, como rojas flores de nobleza y prestancia, las cruces heráldicas de los caballeros santiaguistas y calatravos.

Mozo aún guerrea Antón en Italia como soldado de uno de esos tercios castellanos de los cuales pudo decir en soberbio arranque Rubén Darío:

Mil veces hizo cosas tan sonoras y grandes,
que de águilas poblaron el campo de su escudo,
y ante su rudo tercio de América o de Flandes
quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo.

Gana Olalla sus trencillas de alférez peleando contra el francés, y siente al regresar a la Península, como buen andaluz, la atracción de recorrer en su caballo de guerra ese mirífico suelo de las Indias, recién surgido de entre las neblinas del mar tenebroso; aquellos campos y selvas en donde el oro destella con mayor intensidad que en el Oriente que describiera Marco Polo; el Nuevo Mundo en fin, en el cual la empresa bendita de llevar la enseña del Crucificado puede hacer perdonar unos cuantos desmanes. Precisamente sucede que el hijo de quien conquistó para los Reyes Católicos las Canarias, y había cambiado sus prerrogativas de Adelantado del Archipiélago por las problemáticas ventajas de la gobernación de Santa Marta, organiza por ese entonces lucida expedición para pasar a Tierra Firme, y en Sevilla se enrola en las huestes de don Pedro Fernández de Lugo el alférez Antón, quien se califica ya y es reputado como veterano.

A bordo, Olalla estrecha relaciones con un licenciado granadino, de origen cordobés, muy entendido en las disciplinas del jurisperito, pero novicio en marciales empresas, y que ha de inmortalizar su nombre como general Quesada en el descubrimiento del tercero de los imperios indígenas del Continente de Colón. Y cuando, tras el desengaño intenso de hallar cabañas pajizas, dispersas en la arena de la playa samaria, en vez de los palacios que se alzaron en las imaginaciones desorbitadas, se renueva por el Adelantado Lugo la nunca terminada pacificación de las sierras nevadas, el alférez Antón es cabo temible que así sabe hacerse obedecer por los españoles a quienes comanda, como ganarse la medrosa docilidad de los nativos de la tierra.

Ha tiempos que el embrujado y poderoso Magdalena, el gran río que viene de zonas que se presumen tan ricas como son de desconocidas, atrae la curiosidad de las autoridades en las gobernaciones del Caribe. A descubrir sus cabeceras envía don Pedro Fernández de Lugo lucida expedición por agua y tierra. Para acaudillarla, escoge no a uno de sus capitanes enaltecidos por la fama de las contiendas del Viejo Mundo, como Suárez Rendón o Fernández de Valenzuela, ni tampoco a alguno de los prácticos en las luchas contra los naturales, al estilo de Juan del Junco o el contador Juan de San Martín, sino a su justicia mayor, Gonzalo Jiménez de Quesada, pues el gobernador está seguro de que ese letrado tiene férrea la voluntad para imponerse a los subalternos, en alto el corazón a fin de realizar las más soñadas hazañas. Como alférez de su compañía va entre ocho-

cientos españoles Antón de Olalla, y ese puesto de confianza y de selección lo autoriza para denominarse luégo, orgullosamente, alférez general de toda la infantería en el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada.

Merecedor se muestra de la confianza de su jefe quien, al formar treinta años más tarde el escalafón de los primeros ganadores de la tierra, le asigna el segundo lugar como meritorio, anteponiéndolo a guerreros de mayor graduación como el fundador de Tunja y los capitanes Cardoso y García Zorro, y a soldados de tanta nombradía como Hernán Venegas, el poblador de Tocaima, y Juan Valenciano. Y de Antón de Olalla podría decirse también el elogio de que era el caudillo de avanzada en los días de los combates victoriosos y el responsable de la retaguardia en las horas de confusión y de peligro. Acompaña a los capitanes Céspedes y Lebrija en la jornada memorable que, a través de las hostiles y mortíferas sierras del Opón, da por resultado, tras incontables trabajos, el descubrimiento de la entrada al delicioso país de los chibchas. En el valle, que en honor suyo llevará el nombre del *Alférez*, sostiene contra copioso número de naturales un combate terrible del cual sale triunfador. Ese laurel queda consagrado con la sangre que fluye de las diez heridas allí recibidas, sangre que, al enrojecer el suelo, lo ligará por el resto de su existencia con el regazo en donde ha de dormir el sueño eterno.

Valor sobresaliente en el estruendo de la pelea, constancia indomable para no echar pie atrás por adversas que sean la hosquedad de la naturaleza y la energía del indígena que defiende briosamente su bohío natal, despliega día a día Antón de Olalla en el curso de la expedición definitiva, hasta llegar al oasis en que ha de elevarse la capital del reino ganado para la Corona de Castilla. Así, mientras sus compañeros regresan al campamento de la Tora a dar aviso al general Quesada de que la tierra de la sal está cercana, permanece con unos pocos soldados en dicho valle, en donde la espesura de la selva pone una cortina medrosa entre el suelo en que se hundan los pies y el azul insondable de los espacios.

En los estruendos marciales de la conquista, el nombre de Antón de Olalla vibra como un clarín de guerra en múltiples lances y aventuras. Ya es quien, después de romper con su tizona las defensas del cercado del zaque de Tunja, osa poner la mano sobre la figura majestuosa de Quemuenchatocha para hacerlo prisionero, y recibe el encargo de impedir el rescate por los súbditos, más coléricos que amedrentados, de aquel soberano por cuya vida intercede luégo Olalla inútilmente, librando en cambio su nombre de la trágica sombra de esa hecatombe. Ya es el expedicionario que recibe en la entrada contra los panches emponzoñada flecha que lo pone en trance de morir, o bien el compañero de don Gonzalo en su peregrinación por el Valle de las Tristezas, luégo de Neiva, la ciudad hidalga. Olalla es también el comisionado de Hernán Pérez, que sabe trocar la armadura de soldado por la gola del diplomático, y si labora por impedir que Jerónimo de Lebrón se encargue del gobierno del Nuevo Reino, despliega tales artes que se gana la voluntad del gobernador nombrado por la audiencia de Santo Domingo, sin romper los lazos que

lo unen al bando de los Quesadas, en el cual toma parte con honra en pacificaciones innumerables.

Bien visto por uno y otro de los partidos que se disputan la hegemonía en la recién fundada Santafé de Bogotá, Antón de Olalla ve premiados sus merecimientos con los primeros cargos de la República: capitán y jefe de la guardia de honor de don Alonso Luis de Lugo; regidor, alcalde ordinario en cuatro años distintos; teniente de gobernador y justicia mayor del Nuevo Reino en ausencia del tercer Adelantado de Canarias. Fiel vasallo en todo momento, alista tropas en defensa de su rey, a fin de debelar las insurrecciones de los Pizarros en el Perú, la de Alvaro de Oyón en Popayán, la de Lope de Aguirre en su estupenda correría del Amazonas a la isla de Margarita. Llega en este último episodio a equipar con sus propios recursos cien soldados, y a contar bajo su estandarte de capitán de infantería por Santafé más de dos centenares de guerreros.

Verdad es que la riqueza ha venido para el veterano al par con los honores. Disfruta primero del repartimiento de Bosa, y se le da luego con título definitivo la pingüe encomienda de Bogotá, en pleno corazón de la Sabana inagotable, cuya renta le permite sustentar casa ostentosa en este mismo sitio en que nos hallamos reunidos (1), y recibir con decoro y magnificencia a sus invitados en la mansión del *Novillero*.

Mas el conquistador está ya fatigado de las agitaciones marciales. Los años, que empiezan a pesar sobre sus hombros robustos, ponen al par de hilos de plata en la barba varonil, sentimientos de calma en el espíritu; y la Sabana, con su hechizo sutil e imborrable, modifica totalmente el curso de su existencia. Viaja a España, pero está más íntimamente ligado al suelo granadino, y regresa trayendo como esposa a doña María de Orrego y Valdaya, de noble solar lusitano, y para los campos de su encomienda la simbólica selva de las astas de las vacadas y los blanquísimos vellones de las ovejas, que armonizan con la tranquilidad de la llanura.

*
* * *

Luego se desgranán lentamente las horas. Los hijos lanzan su cántico de alegría en la morada del capitán, pero la muerte asecha y va segando en flor las cabecitas de los niños, y sólo dos logran traspasar los umbrales de la primera juventud. Pronto se extingue también Bartolomé de Olalla, orgullo de su padre cuando en presencia suya levantaba el real pendón en su carácter de alférez mayor de la ciudad, o domaba un potro como diestro jinete, despertando envidia y aplausos entre los mozalbetes linajudos de Santafé de Bogotá.

Queda sólo una niña: doña Jerónima de Orrego y Olalla, supremo amor del capitán de Olalla, quien cifraba en su hermosa cabeza todas las postreras y más caras ilusiones como vaso que había de perpetuar las glorias y prebendas de la estirpe. Surge así al lado de la cota de malla del soldado, el abanico primoroso de la dama; for-

(1) El antiguo convento de Santo Domingo.

mando contraste con el fiero rostro del caudillo, la fisonomía fina y romántica de su hija; idealizando la rudeza del varón, el refinamiento de la mujer aristocrática, de la dama que ennoblecía con su sonrisa las mezquindades de la vida, y bendecía con su mirada los campos ubérrimos, los indígenas encomendados que la admiraban como ser superior, las vacas y caballos que parecían inclinar sus cuellos ante el imperio suavísimo de la belleza.

No pudo deleitarse en ella, cuando llegaron los últimos días, el capitán Olalla. Pérfida nube cegó sus ojos, pero las manos sí podían recrearse al palpar con éxtasis las hermosas facciones de la hija, destinada a recibir con la bendición paterna la más notoria de las herencias de Santafé, herencia que doblando los hechizos de su dueña, avivó el entusiasmo de los escasos y engreídos hidalgos, que paseaban su pereza y sus ambiciones por las callejuelas de la urbe. Y la lucha porfiada, intensa y hasta dramática por lograr la mano de doña Jerónima, estalla violentamente y trueca la tranquilidad colonial en una fragua de pasiones y arrebatos, de chismes y celadas que no deslustran sino más bien enaltecen a quien fue causa involuntaria de tanta agitación y pasa por la escena con el decoro y la pureza de una gran señora.

Empero, sólo los personajes de viso pueden pretender llevar ante el altar como desposada a la flor del señorío santafereño. Surge en un principio la pugna violenta entre dos miembros de la Real Audiencia, los señores oidores don Diego de Narváez y don Francisco de Anuncibay. A pesar de los esfuerzos realizados y méritos que se alegaron, entre los cuales se cuenta el de haber presidido uno y otro el más alto tribunal del monarca en el Nuevo Reino, y haber Anuncibay dado prueba perpetua de su pasión amorosa en la amplia calzada que los indígenas construyeron, apresurados por su impaciencia, a fin de que los pantanos no estorbasen sus visitas de pretendiente al *Novillero* —calzada que ha de llevar pronto el nombre de la encomendera— ninguno de los dos logró coronar su anhelo. Y tan grande había sido el propósito de los dos togados de poder dar a doña Jerónima el título de esposa, que el pusilánime presidente don Francisco Briceño creyó de su deber informar a la Corte que un solo billete de la madre de la novia, doña María de Orrego, era una orden imperiosa en la audiencia, cual si emanase de la persona del monarca. Estéril la rivalidad de tantos años en algo que no fuera choques y recriminaciones, Narváez primero, don Francisco luégo, después de sufrir el riguroso juicio de residencia, abandonaron la villa de don Gonzalo con la cerviz humillada y un despecho inconfesado en el fondo del alma.

Dos años antes de la muerte del capitán Olalla llega a la capital del Reino con envidiables poderes y prerrogativas el visitador don Juan Francisco Monzón. Ya en Cartagena de Indias tuvo noticias de la encomendera de Bogotá y de que su riqueza corría parejas con sus atractivos, y resuelve al punto que debe ser la esposa de su hijo Fernando. Para realizar su intento, no omite esfuerzo en el curso del viaje de la costa del Caribe a la altiplanicie. Su voluntad, en un principio, choca con la oposición del capitán, que como un tesoro

esconde en el *Novillero* a su hija; pero ningún obstáculo arredra al visitador, y don Fernando de Monzón, tras curiosas peripecias, bendecido por la Iglesia, puede dar el codiciado título de esposa a doña Jerónima de Orrego.

Todavía hasta nuestros tiempos llegan, como las olas de una marea que avanza y retrocede, las versiones sobre ese matrimonio. Los amigos del visitador proclamaban que la encomendera, loca de amor por don Fernando, hubiera sucumbido si no se le autoriza al enlace, pues "le era preciso que Monzón o alguna cosa suya estuviera delante de ella". Según los adversarios de los Monzones, bien numerosos e influyentes, sólo el empleo repetido de medios muy reprochables había logrado quebrantar la enemiga del padre y la repugnancia de la desposada. Mas lo evidente es que de ese suceso, según afirma la misma real audiencia, provinieron los choques escandalosos que convirtieron el Nuevo Reino en un campo de batalla, destruyendo la paz monótona de los santafereños.

La contienda entre monzonistas y antimonzonistas, —en la cual la agresión y la calumnia, lanzadas por uno y otro bando, llevaron su fango hasta las más puras frentes sin dejar una sola mancha en la albura de doña Jerónima de Orrego—, alcanzó su apogeo en los pintorescos incidentes que dieron por resultado la prisión y el destierro del visitador, que contaba entre sus opositores nada menos que al bélico arzobispo, ilustrísimo señor don Luis Zapata de Cárdenas, antiguo capitán de los tercios españoles en Flandes. Si queréis convenceros de cuán mentiroso fue en ocasiones ese ponderado sosiego de la Colonia, leed los detalles de tan ruidoso acontecimiento, que tan hondo influyó en arrebatar prestigio a las reales autoridades, formando su trama la seda de las lágrimas enredadas en la carcajada de una tragicomedia.

La encarcelación de don Fernando puso fin —acaso con el secreto deseo de doña Jerónima— a su fugaz luna de miel. Pronto el ánimo del mancebo doblegado por la humillación y los vejámenes que abrumaron a su padre y pesaron sobre él, dio paso a traidora enfermedad, y luégo las tocas de la viudez realzaron la altiva cabeza de la encomendera de Bogotá.

En plena juventud, poseedora de una dote que llegó a estimarse en la enorme suma de cien mil ducados, bella y aprestigiada con la más alta posición social, era lógico que de nuevo se encendiesen las ambiciones a fin de que doña Jerónima celebrara segundas nupcias. Pero ninguno de los pretendientes podía competir en cualidades y méritos con don Francisco Maldonado de Mendoza, quien por su nacimiento era nada menos que sobrino del gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, y que al realce de su cuna sumaba como títulos propios los servicios a la monarquía como alférez de la armada de Indias, capitán y almirante de flota y caballero del hábito de Santiago. Seguramente más que esos timbres, daba relieve a su gallarda figura la aureola sugestiva que le formaban sus aventuras como conquistador de La Florida, en donde por más de un lustro

estuvo prisionero de los indígenas y ganó renombre de apóstol al convertir a la fe católica a centenares de ellos.

Fallecido ya el capitán de Olalla, cuyos restos, después de reposar en la capilla del Rosario de este templo de Santo Domingo, yacen hoy en la del Cristo en la Catedral Primada, tocó a doña María de Orrego autorizar el matrimonio de doña Jerónima con el almirante don Francisco Maldonado de Mendoza. La calma y la felicidad llegaron entonces para la bella encomendera, que vio crecer el prestigio de su casa con el ascenso de su marido al cargo de teniente general del Nuevo Reino, e iluminarse su hogar con los bucles de oro de sus hijos, destinados a perpetuar y enriquecer la sangre de Antón de Olalla.

*
* *

No cabría dentro del límite de estas hilvanadas palabras el cuadro de los descendientes que han ilustrado la prosapia del santiaguista Maldonado de Mendoza y de la encomendera, fundadores del mayorazgo de la dehesa de Bogotá, el cual fue erigido ciento cincuenta años más tarde en marquesado de San Jorge en la persona de su octavo poseedor, el magnífico señor don Jorge Miguel Lozano de Peralta y Varas Maldonado de Mendoza y Olalla. Pero es imposible no citar nombres como los de la excelsa escritora madre del Castillo y de doña Clemencia de Caycedo, iniciadora de la cultura en las damas de la alta clase social; del primer Arzobispo de la Gran Colombia, don Fernando Caycedo y Flórez, y del primero también de los Presidentes de Cundinamarca, don Jorge Tadeo Lozano; del buen ciudadano, Francisco de Paula Vélez, y de José María Ortega, héroes de la campaña libertadora de Venezuela y generales de la gloriosa República; de José María Portocarrero y José Ayala, figuras sobresalientes del martirologio nacional; de Antonio Ricaurte, cuya hazaña de San Matco deslumbra en la gesta magna; de doña Magdalena Ortega, la abnegada y amante compañera del Precursor, y doña Antonia Vergara, la heroica esposa del mártir Gutiérrez Moreno; los de Domingo Caycedo, José Hilario López y Enrique Olaya Herrera, Presidentes de la República; el del prócer José Sanz de Santamaría... y pudiera yo añadir con el autor de Hernani: "J' en passe, et des meilleurs".

Surge en la actualidad cierta corriente que tiende a reevaluar al indígena, a darle en nuestra historia y en la vida nacional un puesto trascendente, a estudiarlo honda y cariñosamente en todas las manifestaciones de la actividad humana. Ello es plausible, natural y justo. Pero guardémonos de caer en el error de proscribir a España de nuestros anales y de la inmodificable evolución de la nacionalidad colombiana, y pensemos que si el aborígen es factor señalado del conglomerado étnico, por lo menos igual y podría decirse mayor, es la importancia del elemento ibérico en nuestro pueblo. Hijos y nietos de españoles fueron los hombres representativos de esta tierra: Francisco de Paula Santander y Antonio Nariño, Camilo Torres y José

María del Castillo y Rada, Custodio García Rovira y Francisco Antonio Zea, José Fernández Madrid y Joaquín Camacho, Francisco José de Caldas y Félix de Restrepo, Jorge Tadeo Lozano y José María Córdoba.

Remontémonos a los tiempos precolombinos para admirar a Nemequene, sin que ello sea razón para que excremos al egregio Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada. Seamos lógicos y gratos para recordar que si no logró el férreo pacificador don Pablo Morillo uncirnos de nuevo al trono de Fernando VII, en cambio hace siglos, y por siempre, nos ató a su carro triunfal el hidalgo castellano que en su brazo roto pregonaba la gloria de Lepanto y en su héroe el reinado supremo del ideal.